LECCIÓN II

Y en cuanto a la palabra, joven Roma, dice, la retórica no es sólo para alegar por los pobres o discursar en el senado. La elocuencia es para atraer el corazón femenino.

¿Qué te pasó Publio? En cuanto apareció el libro, Ovidio fue exiliado a una guararnición del Danubio, y su obra fue retirada de las bibliotecas públicas (la conocemos hoy por los ejemplares que quedaron en casa de sus amigos). Parece que alguna indiscreción cometió con la rieta del emperador César Augusto. ¡Qué éxito! El mismo libro lo vuelve a quemar el inquisidor Girolamo Savonarola en Florencia, 1497, y otra vez más, el obispo de Londres en 1599.

Moraleja: *Esto les ordeno: ammos los unos a los otros.*
(Evangeliio según San Juan, 15.17)

La felicidad, acto de voluntad

Según Aristóteles, la felicidad no está dada, se logra. Para alcanzarla, hay que desarrollar plenamente las cualidades humanas, pero éstas se tienen en la medida en que se practican. La bondad, la inteligencia y la valentía no son rasgos de nacimiento, son virtudes que se alcanzan ejercitándolas. "La felicidad es accesible a todos", dice, pero requiere esfuerzo sostenido.

A un cura español de boina y maletín que caminaba pesadamente por la Alameda, seguramente en dirección a un trámite, le preguntaron para una encuesta, si acaso era feliz. Miró fijo al entrevistador y entre dientes mascullo: ¡Pues hay que ser feliz!

En estos nuevos tiempos, donde el ambiente espiritual sigue marcado por una paralizante mezcla de determinismo marxista, que considera las circunstancias de origen como fatalidad sin remedio, y de credos orientalistas, que ensalzan la contemplación pasiva, la respuesta del sacerdote parece venir derecho de Aristóteles (384-322 a.C.), el filósofo de la voluntad.

Hijo de un médico, a los 17 años ingresó a la

academia de Platón en Atenas. Luego de veinte años filosofando ahí, el rey Filipo II de Macedonia le encargó educar a su retoño de 13 años. Con tamaño tutor, el niño llegó a ser nada menos que Alejandro Magno, el fundador de un imperio que se extendió de Egipto a la India.

Fue el gran sistematizador, el que codificó la ciencia occidental.

Aunque muchas de sus obras se perdieron, es tal la magnitud de sus descubrimientos de biología marina, física, derecho constitucional, filosofía, psicología, matemáticas, teología, y sociología, que por dos milenios ha sido la columna vertebral del pensamiento lógico. Es el gran codificador de las ciencias, el creador de los sistemas de investigación que se aplican en todas las áreas del conocimiento.

Sin embargo, ocurre con este genio, lo de Euclides. Los textos mismos del antiguo matemático ya no se usan, pero su geometría se sigue enseñando en nuevas presentaciones. Ya nadie lee a Aristóteles, sin embargo sus ideas han sido absorbidas por el pensamiento occidental, y mucho sabio de moda no hace más que reformular en palabras difíciles los conceptos del griego. Lamentablemente, los recocidos de sus discípulos son siempre más enredados que el maestro, pero si uno va derecho al libro original encuentra un pensamiento lúcido, expresado en términos clarísimos.

Ahora bien, a lo largo del medio millón de años que lleva el *homo sapiens* vagando por el planeta

Tierra, esto de creer en la voluntad, en la capacidad de superarse a sí mismo, es un fenómeno de los últimos milenios, y no del todo compartido. El hombre primitivo vivió abrumado por selvas feroces y leonas salvajes que lo hicieron sentirse insignificante. Ni siquiera el yo —primera persona singular— existe en idiomas tribales. El sol es visto por mí, dicen los pigmeos. Más aún, muchas religiones de la remota antigüedad no hacen más que predicar la resignación y el achatamiento de la condición humana como medio de aplacar la furia de los dioses.

Fue en esa atmósfera de mitos y esclavitud que Aristóteles, valiéndose de la lógica racional, investiga el alma humana hasta llegar a plantear su singular visión de la felicidad como acto de voluntad.

Su teoría, expuesta en la obra, *Moral a Nicómaco* (conocida también como *Ética nicomaquea*) es muy simple. El alma consta de tres elementos inseparables: *las pasiones, las facultades innatas y las cualidades adquiridas* (hábitos).

Esto reduce el factor destino, o predestinación, a un mínimo. Plantea que somos lo que queremos ser, no lo que nos dicen, ni lo que nos toca. El hombre por naturaleza tiene capacidad de hacerse a sí mismo, de moldear su carácter y de superarse. Y el fin supremo del hombre, su causa y objetivo, es alcanzar la felicidad y ésta no es otra que la plena realización de sus potenciales, vale decir el cultivo de las virtudes o cualidades de la persona

humana. *La felicidad no es un efecto del azar; es a la vez un don de los dioses y el resultado de nuestros esfuerzos.*

Soy lo que hago

Nicomaco era un hijo suyo, y en el libro enuncia los principios éticos para guiar la vida de un joven hacia su plena realización. Empieza por señalar que *el bien es el fin de todas las acciones del hombre*. Seguidamente propone que la finalidad propia de la persona humana es alcanzar la felicidad, con lo cual practicar el bien constituye la antesala de la felicidad. Hasta aquí, es lo que diría cualquier persona buena, que se sacrifica por el prójimo.

Pero Aristóteles da un paso más: la superación. Feliz es quien llega a ser todo lo que puede ser, y al considerar las aptitudes naturales como un factor menor, lo decisivo pasan a ser las cualidades adquiridas, pues éstas son capaces de controlar positivamente la fuerza de la pasión o de los afectos. *La felicidad es accesible a todos, porque no hay un hombre a quien no sea posible alcanzar la felicidad mediante cierto estudio y los debidos cuidados, a menos que la naturaleza lo haya hecho incapaz de toda virtud.*

Por lo tanto, lejos de señalar la negación de sí mismo, o el sacrificio destructivo, como ruta a la dicha, descubre que el camino recto es el crecimiento personal mediante la acción. Para estos efectos, desarrolla una teoría de la virtud que había de

cambiar para siempre la mentalidad de nuestra civilización, pues plantea la noción, de que por medio de la acción positiva, del esfuerzo y del estudio, podemos ser más de lo que somos por origen.

Como se sabe, el Nuevo Testamento, Tomás de Aquino (1225-74) y hasta los mismos psicólogos conductistas de nuestro medio, elaboran dicho principio fundamental del comportamiento. Somos lo que hacemos, no lo que pensamos, ni lo que decimos—por sus obras los conoceréis—y por ese motivo resulta tanto más importante fijarse en lo que uno hace, que en lo que uno piensa.

En palabras del filósofo: *Las virtudes no existen por la sola acción de la naturaleza, ni tampoco contra las leyes de la misma, sino que la naturaleza nos ha hecho susceptibles de ellas y el hábito es el que las desenvuelve y perfecciona en nosotros...*

No es a fuerza de ver ni a fuerza de oír como adquirimos los sentidos de la vista y del oído, sino por el contrario, nos hemos servido de ellos porque los teníamos y en un momento aprendimos a mirar y a escuchar. Asimismo, adquirimos virtudes sólo al practicarlas; uno se hace arquitecto construyendo; se hace músico tocando la cítara. De igual modo se hace uno justo, practicando la justicia; sabio, cultivando la sabiduría; y valiente, ejercitando el valor.

En un mundo donde la educación se ahoga en burocracia, y mucho joven de brazo cruzado espera un rol, esta filosofía es un verdadero despertador: todo depende de uno mismo; a uno no le

enseñan, es uno que aprende; a uno no le dan trabajo, uno lo obtiene; y uno no es así o asá, uno es lo que quiere ser. Por lo tanto, según cual sea la virtud practicada, podemos llegar a ser bondadosos, abrutancados, tontos o inteligentes, no hay límite. La voluntad es el motor del destino.

Esto de considerar que una persona sólo tiene las cualidades que ejercita, es la base filosófica de la crítica liberal al estatismo, en particular a los sistemas de previsión social. Si el Estado se encarga de cuidar de la vejez, el ciudadano deja de juntar nueces para el invierno, y con ello se atrofia su hábito previsor. Si el Estado hace de colchón al quedar uno sin trabajo, no ahorramos durante las vacas gordas. Si la autoridad nos da la casa, nos cuida el barrio, nos riega los arbolitos, y nos pone escuela, perdemos la capacidad de construir, de cuidar el entorno y de educar a nuestros hijos.

Entonces, mientras más organismos de bien social hay — municipios, policías, oficinas de emergencia — más disminuye la destreza de la gente para solucionar ella misma sus asuntos. Es el concepto socrático de atarquía; la habilidad, propia del ciudadano libre, de ayudarse a sí mismo.

Encima, está demostrado que la dependencia, aun cuando sea para salvar una crisis, a la larga no deja a nadie contento. La gente que sin poner nada de su parte recibe alimentos, ropa o viviendas por caridad, además de perder su capacidad de autosustentación, queda resentida. Y es lógico que así sea porque, siguiendo a Aristóteles, los bienes,

tanto materiales como espirituales, deben ser los grados, no impuestos a la fuerza. De hecho, hemos visto como un simple aguinaldo dieciochero decretado despóticamente, sin consultar a los beneficiados, termina provocando más escozor que alegría.

Ahora bien, siendo que practicar la bondad nos vuelve bondadosos y ejercitar la sesera nos hace inteligentes, para alcanzar plenamente esas cualidades superiores, se requiere actuar bajo el influjo de cierto ánimo: *Los actos que producen las virtudes no son justos ni moderados porque aparentan ser así, sino que requieren cierta disposición moral al momento de actuar. La primera condición es que sepa lo que hace; la segunda es que lo quiera así mediante una elección reflexiva y la tercera es que al obrar, lo haga con resolución firme e inquebrantable de no obrar jamás de otra manera.*

Información, libertad y propósito son, pues, las condiciones esenciales de la voluntad. No es meritorio nadar a la orilla si el barco se ha hundido, ni vale como caridad darle a un pobre si éste nos comina con cuchillo.

Advierte también Aristóteles contra el caso estrellado, la excepción que prueba la regla de molición: *Añádase también que estas condiciones deben ser realizadas durante una vida entera porque una sola golondrina no hace verano y tampoco un solo día de felicidad, ni aun una temporada, basta para hacer a un hombre dichoso y afortunado... Las cualidades provienen de la repetición frecuente de los mismos actos.*

Afortunadamente, sí, tal como en los deportes, practicar una virtud, esforzarse en leer un buen libro o en aprender piano, va facilitando el posterior ejercicio de esa misma facultad. Mientras más leemos, más fácil resulta leer y mientras más energía desplegamos, más energía tenemos. El acto de arrojarse, dice, va moldeando la valentía.

El enemigo, por cierto, es el mal. Y al enterarnos de esa manía de los computadores de aceptar un solo mando correcto entre millones de posibilidades de errar, cuesta creer que Aristóteles escribió esto hace sus 2.500 años: *Uno puede conducirse mal de mil maneras diferentes; porque el mal pertenece a lo infinito, como oportunamente lo han demostrado los pitagóricos; pero el bien pertenece a lo finito. Por eso el mal es tan fácil y el bien, por el contrario, tan difícil, porque es fácil no lograr una cosa, y difícil conseguirla.*

Pero no estaba hablando de computadores, se refería a la felicidad, a la felicidad de respirar hondo y existir a todo dar. Por algo, hacia el final, se adentra en el amor. *El individuo es su amigo más estrecho, y es a sí mismo a quien, sobre todo, deberá amar.*

La ternura en la familia, las quejas, la amistad, el dinero, los placeres, y demás componentes de la felicidad, los va analizando todos con implacable lógica, como si hubiera puesto la vida misma bajo un microscopio.

Conociendo las orgías de la época y la promiscuidad de los sultanes árabes, bien podría haber reco-

mendado el harem como instrumento de felicidad. Nada de eso: la monogamia, concluye. *El amor, que es el exceso de afecto, en su plenitud sólo se dirige a un solo ser.*